

festar quien era, bajo el mismo papel de príncipe Abasida que habia venido á España para cumplir un voto, le propuso su intervencion con el gobierno castellano para buscarle ayuda y coronarlo. En cuanto á condiciones, dejando á Hescham que se explicase él mismo, llegó éste á prometer por ceñirse la corona de Marruecos, la cesion de Fez entera. Debian venirnos de esta suerte por el pronto Tetuan, Tanger, Larache, los dos Salés, nuevo y viejo, y todo el rico territorio de aquel reino, el mas civilizado del imperio.

Las fuerzas disponibles de Muley, si habia de hacernos frente, consistian en diez mil hombres, los mas de ellos esclavos; y aunque en caso de guerra todos los moros son soldados, no habia temor de que se alzasen por un hombre que estaba aborrecido, mucho menos no siendo nuestra entrada sino en clase de aliados y á favor de otro scheryf que gozaba de un gran crédito. Toda la parte litoral oprimida y vejada por Muley en los negocios de comercio, tan lejos de acudirle, hubiera peleado en contra suya. Nuestro dominio mismo, en vez de disgustar á aquellos moros industriosos, les hubiera sido grato y preferible, respetada su religion, introducidas nuestras leyes en materia de propiedad que allí no tiene nadie, y dada entera libertad á su comercio. Aun habia algunos de estos pueblos que referian por tradicion haber sido mas felices cuando se hallaron gobernados por Portugueses ó Españoles.

¿Habria sido una injusticia y una violacion de nuestras treguas atacar á Muley? Treguas digo, porque despues de rotas las antiguas paces con España por Muley Eliazit en 1791, en cuantos acomodamientos se trataron con la córte de Marruecos, excluyeron aquellos príncipes la cualidad de paz perpetua, colocándose de este modo en situacion mas cómoda para exigir tributos ó regalos, y convertir en tráfico la amistad siempre incierta que pactaban con nosotros. Semejante estado de cosas era ya indigno de sufrirse, sin quedar otro medio que la guerra, pues que Muley Soliman amenazaba hacérnosla si se negaban los presentes. Sobrado tiempo nuestra lucha con la Inglaterra nos habia obligado á contemplar á aquellos bárbaros, y á comprarles sus miramientos con nosotros.

¿Dirá alguno que en las circunstancias que ofrecia la Europa, aquel proyecto era imprudente, ó que era extravagante? Nó: en los tiempos de paz es cuando se compone cada uno y se previene contra las contingencias venideras. Si era en cuanto á la Francia, la guerra de Marruecos nos ofrecia un pretexto para aumentar nuestros ejércitos sin que Napoleon se recelase de nosotros. En la vecindad de aquel hombre convenia tener constantemente nuestras armas sobre el pie de guerra, y esto no podia hacerse sin tener una razon y una deshecha bien plausible. Por lo demas aquella guerra no le iba ni venia para haber de parar mientes sobre ella. En

cuanto á la Inglaterra, ésta no podia ignorar las pretensiones de Muley, ni debia extrañar que se negasen, ni que por tal motivo se guerreara con el moro. El empleo de nuestras fuerzas lejos de alarmar á los Ingleses, les debia mostrar patentemente que España estaba lejos de ocuparse con la Francia en contra de ellos. Despues de esto la posesion de Fez, si llegaba á ser nuestro, no les quitaba á ellos expectativa alguna sobre aquellos paises que nunca codiciaron, Dueños fueron de Tanger, y al fin de veinte años se cansaron de aquella plaza y la dejaron á los moros. Verdad es que aquel pais habria aumentado en el Estrecho nuestro poder marítimo, y que este aumento de poder por parte nuestra habria dado algun tormento á la Inglaterra, pero esto mismo me animaba mas en mi desiguio, porque una vez apoderados de aquellos puertos berberiscos, nos habria tenido mas respeto aquel gobierno. Y al fin, si su intencion era envolvernos en su lucha con la Francia como despues se vió ¿no convenia tener mas medios de hacerla buena guerra y de dañarla cabalmente en la salida y en la entrada del Mediterráneo y el Océano?

Diráse acaso todavía que aquella empresa debería de habernos sido muy costosa en armas y en dinero; mas ni aun eso. Tal como se ofrecia por sí misma, nos habria bastado reunir en los presidios cuando menos quince mil hombres, atraer allí las tropas de Muley, y comenzada la invasion por el caudillo

Hescham, penetrar mas adentro y acudirle. Tenia ganada mucha gente entre los principales Marroquíes; de entre la parentela de Muley habia uno solamente (el que mandaba en Mogador, Muley Abdelmelek) que pudiera oponerle alguna resistencia y disputarle el trono, pero Hescham tenia un concierto con parciales suyos que á la primer señal deberian sorprenderle y alejarle de Marruecos. Con nosotros lo podia todo aquel caudillo, sin nosotros no podia nada, porque le faltaban artilleros y buenos trenes de campaña. Hescham, por hacer cierta nuestra ayuda, nos ofreció rehenes que asegurasen sus promesas.

Faltaba solo asegurarme yo tambien de la certeza de estas cosas. A este fin, cuando fué tiempo, puse yo en el secreto de aquella tentativa un hombre tan leal y activo como sagaz y cuerdo, que era el cónsul de Mogador don Antonio Rodriguez Sanchez. A éste le ofrecí tanta parte en la fortuna y en la gloria que podrian traer estos sucesos para España, como de vituperio si se empeñase un lance desastrado. Rodriguez me afirmaba que las operaciones de Badía eran ciertas y seguras, que todo estaba calculado con buen pulso, y que vistas las circunstancias del pais, el carácter de las personas que mediaban, y las disposiciones de los ánimos, el buen éxito de la empresa parecia indudable, cuanto en operaciones de esta clase se podia juzgar con menos riesgo de engañarse. Añadia ademas de esto, que no

seria imposible que el imperio de Marruecos quedase todo por España, si á Badía se diese anchura para aprovechar cualquier evento favorable á este designio, por mas raro y singular que pareciese el modo de cumplirlo, porque existia un partido que queria darle la corona, medio cierto por el cual, dueño que llegase á ser de aquel imperio, lo podia añadir á la corona de Castilla haciéndole ocupar por las tropas españolas, y estableciéndose despues un virey moro á la manera de los príncipes mediatos del imperio anglo-indio.

Todavía despues de esto, para mas asegurarme, hice partir á los mismos lugares, para que se informase por sí propio, al benemérito coronel don Francisco Amorós, oficial que era entonces de la secretaría de estado y del despacho de la guerra, mi agente único desde un principio en el asunto de Marruecos y á quien tenia encargada la correspondencia con Badía y Rodriguez. Vuelto Amorós, no tan solo me confirmó la verdad de los hechos y la exactitud de los informes recibidos, sino ademas me demostró la urgencia de poner mano á aquella obra sin dejar que se entibiasen ó que pudieran desmayar en su propósito los que estaban ya dispuestos para dar el gran golpe en cuanto fuesen recibidos los auxilios. Entonces dí mis órdenes, envié á Amorós á Cádiz, y encomendé al marqués de la Solana todas las cosas concernientes al envío de tropas, armas y de buques menores que debian expedirse de diversos pun-

tos y en diferentes veces, separados, al desgairé, sin que llamasen la atención en aquel país ni en parte alguna, y dejando correr la voz tan solamente de que los Moros amenazaban los presidios, cosa que era frecuente y ordinaria y no alarmaba á nadie.

Ninguna de estas cosas se habia hecho ni se hacia sin las órdenes del rey. Cuando envié mis instrucciones por extenso al marqués de la Solana, me pareció debido mostrárselas primero á Carlos IV, pero S. M. me dijo que podia enviarlas, y que despues, cuando se hallase mas despacio, tendria contento en verlas, juntamente con un resúmen bien circunstanciado que me tenia pedido de la correspondencia de Badía. El resúmen estaba ya extendido, y justamente aquella misma noche me mandó se lo leyese. Entre las cartas de Badía se encontraba el anuncio de la donacion de *Semelalia*, y demas gracias y favores que el emperador marrueco le habia hecho, junto con el diseño de aquella posesion y un traslado del firman que la pasaba á su dominio. Y he aquí que cuando llegué á esta parte del resúmen y desdoblé el diseño, noté en S. M. una señal como de horror, tras la cual, despues de haber leído por sí mismo aquel diploma, me dijo estas palabras: « No, en mis dias no será esto. Yo he » aprobado la guerra porque es justa y provechosa á » mis vasallos. He aprobado tambien que antes de » hacerse vaya un explorador, porque esto se acos- » tumbra y es forzoso algunas veces para empren-

»derla con acierto; pero jamas consentiré que la
»hospitalidad se vuelva en daño y perdicion del que
»la da benignamente. Con Dios y con el mundo
»seria yo responsable de tal hecho, siendo un agente
»mio quien habria obrado de esa suerte. La culpa
»es de Badía que debió quedarse libre y no aceptar
»esos favores.... A Badía, que se vaya y que prosiga
»sus viages; otro hombre de mas juicio y de mas
»peso se podrá encargar de manejar ese negocio.»

Tal era Cárlos IV, en cuyas relaciones diplomáticas no habrá sobre la tierra príncipe ni gobierno que le pueda echar en rostro ni una sombra de doblez ó dolo. ; Y este mismo monarca de tan purísima conciencia, tan fiel á la moral, y tan severo y circunspecto en su política, estaba reservado para ser una gran víctima de la ambicion de propios y de extraños!

— «Pero, señor, le dije al rey; tiene que costar mas deshacer lo que está hecho que llevarlo adelante. Hay ademas personas, y algunas de estas Españoles, que podrán pagar con su cabeza si se vuelve un paso atras de lo que está yandado.»

— «Si los comprometidos, dijo el rey, son vasallos mios, escribirles que se vengán al instante. Si son moros no es cuenta mia, pero se podrá avisarles.»

— «¿Quién de ellos, insté aun, volvería á fiarse de nosotros, ni querria concertarse con otro que

» Badía? Nadie podría tener sus relaciones; de él se
» fian porque le creen un moro y un gran príncipe.
» Él tiene en su favor los mismos gefes de la guar-
» dia, muchos gobernadores y bajáes.... nadie podría
» suplirle.»

— « Y bien, repuso el rey, dejemos esos medios
» y empréndase la guerra por sus caminos naturales
» si Muley no se aviene con nosotros. »

En vano fué representar á Cárlos IV las ventajas incalculables que podrian traernos aquellas posesiones, los arbitrios y los recursos permanentes que adquiririan en la region del Africa nuestras industrias y comercios, las aclimataciones ricas que allí podrian hacerse en abundancia de los mas preciosos frutos de los trópicos, el suplemento que esto haria á las riquezas de la América, suplemento tan necesario, ya fuese que las guerras interrumpiesen los negocios con aquellos países tan lejanos, ó ya que estos se alzasen algun dia y adquiriesen su independencia como la América del Norte; el dominio que nos darian aquellos puertos sobre las bocas del Estrecho frente por frente de los nuestros y á tan corta distancia, la importancia que tomaria nuestra amistad con las demas naciones comerciantes teniendo aquel dominio, el respeto que por tal modo podria imponerse á la Inglaterra, el aliento y espíritu de gloria que cobraria la España conquistadas aquellas tierras codiciosas contra sus enemigos naturales que lo fueron tantos siglos, el aumento de fuerzas

que se podría añadir á nuestro ejército con escuadrones berberiscos, la necesidad de agrandarnos y de buscar nuestro equilibrio con la Francia por cuantos medios fuesen dables, tantas y tantas cosas como estas que yo dije y me inspiraba con vehemencia mi deseo de ver cumplida aquella empresa.

« Todo es verdad, respondió el rey, todo cuanto tú quieres y me dices, lo quisiera yo igualmente; mas mi conciencia no se aviene ni podría avenirse con los medios. *Non sunt facienda mala ut inde veniant bona.* » — « Gran principio, respetabilísimo, me atreví yo á decir por último argumento, si lo observasen todos: pero en política dañoso si es uno solo el que lo observa. »

— « Obrando rectamente, Dios estará conmigo, » dijo el rey.

« Pero el correo ha partido con la instrucción, » dije yo todavía; V. M. lo habia mandado. »

— « Yo lo desmando ahora, dijo el rey; despáchese un alcance. »

Aquella noche se pasó toda en vela para deshacer cuanto habia hecho, y deshacerlo para siempre. Cinco meses despues volvió la guerra con la Gran Bretaña.

Grande fué el compromiso de Badía, que se hallaba ya medio á medio del camino peligroso donde se habia lanzado mas aprisa que conviniera, y el secreto partido ya entre muchos. Su admirable sagacidad halló manera de contentar los conjurados

con esperanzas y promesas, hasta que le fué dable retirarse sin que ninguno le vendiese.

Muley al fin, años despues, desfalcado su imperio y dividido en bandos, se vió obligado á desceñirse la corona y abdicarla en favor de Abderramen, sobrino suyo. Ninguno de sus hijos pudo haberla.

Sydy-Hescham fundó un estado independiente con las conquistas que habia hecho sobre Sus y otras provincias inmediatas. La ocasion malograda era segura; yo no me habia engañado.

Novela y fábula parecerán las cosas que dejo referidas, y con mayor razon por ser muy pocos los que supieron de ellas en España. Pero de entre los vivos que mediaron en aquel asunto, existe todavía don Francisco Amorós, que como dije antes, fué mi especial agente para todo lo que fué hecho ó preparado, dando en esto nuevas pruebas de su amor ardiente por la pátria. En cuanto á documentos y papeles que fuesen relativos á este objeto, en mi archivo se habrán hallado algunos de ellos. Yo no esperaba ya en mi vida ver ninguno, hasta que venido á Francia hallé aquí impresa alguna parte de mi correspondencia con el marqués de la Solana, traducida al francés por M. Bausset é insertada en sus Memorias. Esta correspondencia es verdadera, si bien la traduccion, por lo que alcanza mi memoria, me parece estar defectuosa algunas veces. Pero tal como la he hallado, copiaré de ella algunas cartas donde se contiene mucha parte de los he-

chos referidos (1). ¡Rara suerte, que mis papeles hayan pasado por entre tantas manos, á excepcion solo de las mias! Mas como dije ya otra vez, invadida mi casa y registrados mis bufetes y mi archivo minuciosamente, me sirve de consuelo que mi vida política se haya encontrado allí aun mejor que puedo yo contarla de memoria solamente, y que España y el mundo todo pueda haber notado que entre tantas correspondencias y tantos documentos y tanto cúmulo de apuntes, caido todo en mano de mis furiosos enemigos por sorpresa, ninguna cosa fué encontrada que pudiera publicarse en daño mio bajo ningun sentido. ¡Con qué ansia lo buscaban! Contaré solo un incidente del mismo asunto de Marruecos, que podrá dar idea de aquel empeño tan rabioso y tan inútil de encontrarme delincuente.

La donacion de Semelalia hecha á Badía parecia llevar consigo la maldicion y la desgracia. Ella fué la ocasion, como se ha visto, de malograrse mi proyecto, por la impresion tan viva y tan tenaz que causó en el ánimo del rey. Faltaba empero todavía que sirviese de fundamento á una calumnia monstruosa. Dormia el diseño de aquella propiedad moruna en los estantes de Amorós, junto con el firman

(1) Estas cartas se hallarán entre los documentos justificativos, número III, juntamente con la relacion del asunto de Marruecos por Mr. Bausset segun afirma que la oyó de boca de Badía.

de la donacion, y la correspondencia de Badía, cifrado lo mas de ella. He aquí pues, entre las casas asaltadas en Madrid por extension del alboroto y las violencias de Aranjuez en marzo de 1808, una de ellas fué tambien la de Amorós. Su vida estuvo amenazada. Por fortuna fué posible á sus amigos calmar al populacho; pero la nueva corte se introdujo en lugar suyo, se registraron sus papeles, se topó con el legajo de Marruecos, y á la vista de aquel diseño, del diploma, y de tanto papel escrito en cifra, la ignorancia unida á la maldad y al ansia de encontrar un gran delito, hizo correr que entre otras cosas se habian hallado documentos de una traicion que estaba ya amasada para vender la España, unos decian que al bey de Argel, otros que al príncipe marrueco. Añadian que el señorío de una provincia y la ciudad de Semelalia (que por tal la tomaban aquellos ignorantes) se me daba en pago, que hasta el haren estaba ya dispuesto, que yo iba á renegar y á ponerme el turbante, que yo era un nuevo conde don Julian, que habia seguido las pisadas del baron de Riperdá, y otros desatinos de esta especie. Yo los oia contar desde las rejas de mi encierro por mugerzuelas echadizas que venian á hablar con los soldados y á irritarlos.

¡Gran contento en la córte! A Amorós le prendieron y lo incomunicaron. Tres consejeros de Castilla, don Francisco Duran, don Ignacio de Villela y don Felipe Canga Argüelles, se vieron obligados

á ocupar muchos dias con los peritos en descifrar aquellas cartas y en ordenar aquella causa. Las resultas no fueron otras que el deshonor y la vergüenza del ministro Caballero, de quien procedió la órden de fulminar aquel proceso, postrer acto de su poder con que coronó la carrera de su mando, separado de él y arrojado por el mismo príncipe Fernando. Mas la calumnia quedó en pie, y quizá aun hoy dia se cuenten tales cosas como ciertas en los arrabales y en los campos.

Réstame decir alguna cosa sobre los años posteriores de Badía y de Rojas. El primero, desde Marruecos siguió á Trípoli y á Egipto, despues corrió la Arabia, torció para la Siria, pasó á Constantino-
pla, siguió por Bucharest y tomó para España en 1808 para venir á darme cuenta (1). Cuando llegó á Bayona se encontró con nuestra córte en aquel punto. Lo socorrí por medio de un banquero de la

(1) Uno de sus objetos en el viage de la Arabia fue visitar la Meca y adquirirse por aquel medio mas favor y autoridad entre los mahometanos, para unirse despues sin ningun riesgo á alguna de las caravanas que bajaban de la region del Nilo á Tombuctú, y penetrar en aquel reino misterioso con la misma facilidad con que, el primero y único entre los Europeos, visitó el templo de la Meca cerrado á los profanos. Este viage á Tombuctú y á otros puntos interiores de la Nigricia central no conocidos hasta ahora, habia sido uno de los muchos encargos que le hice antes del episodio de Marruecos.

misma ciudad (1) y lo recomendé á Mr. Champagni. Viendo lo que pasaba con todos mis amigos, se quedó con los franceses. Dicen que acomodado por el rey José, dió en caprichos y rarezas que no le grangearon el afecto de los pueblos. Vuelto á Francia, publicó sus *Viâges* con el título de *Aly-Bey el Abbassi*, en cuanto á la parte histórica y científica tan solo; libro apreciado en toda Europa (2). Protegióle el emperador y despues Luis XVIII, á quien se dedicó esta obra. Despues volvió al Oriente, costado para aquel viage por la Francia. No ha habido mas razon de su persona. Se ha creido con fundamento que lo asesinaron en Damasco. Con él han perecido sus demas manuscritos científicos y las preciosas colecciones de historia natural que tenia hechas.

Su excelente compañero don Simon de Rojas fué quizá mas desgraciado. Verificó mi encargo y concluyóle felizmente en pocos años. Habia escrito con elegante y docta pluma la *Historia natural, civil y política de las dos Alpujarras, alta y baja*. Este sábio español, digno bajo todos conceptos de la buena memoria de su pátria, vivió oscuro en el cultivo de las ciencias durante la invasion francesa y en los años que se siguieron, vuelto á España el rey

(1) Mr. Barbachano.

(2) Tres volúmenes en 8.º y un atlas de cien láminas, dibujos todos suyos.

Fernando, hasta el de 22 en que fué elegido diputado á Córtes. En tan largo espacio careció de medios para publicar su obra. Desterrado luego de Madrid en la durísima reaccion del siguiente año de 1823, se vió obligado á oscurecerse nuevamente en una aldea de su tierra natal donde prosiguió escribiendo. Mas tarde, su amigo don Juan Antonio Melon pudo obtenerle su regreso á Madrid y el recobro de su plaza en el jardin botánico. Pero mal visto allí y acorralado por los enemigos de las luces, murió en fin consumido de pesares. El mismo don Juan Melon, testamentario suyo, logró preservar sus manuscritos de extravíos. Dícese que los mas de ellos se conservan hoy dia en el jardin botánico. En los postreros años del reinado de Fernando VII, el mismo Melon y otros amigos de Rojas practicaron en vano muchos oficios con el ministro de estado que era entonces, don Manuel Gonzalez Salmon, porque los hiciese dar á luz. Mucho dolor será que la España pierda el fruto y el honor de aquellos utilísimos trabajos. Rojas era un cordero en sus costumbres; intrépido para la ciencia, pero apacible, manso y tímido en los negocios de la vida. Los que le conocieron y observaron en las Alpujarras, se asombraban cuando lo vian trepar los precipicios mas horribles donde pie humano no habia entrado, por coger una planta ó un insecto; pero su corazon lo amilanaban las injusticias de los hombres.

CAPITULO XXI.

Año de 1805. — Parte militar y política. — Planes, operaciones y acontecimientos de la campaña marítima emprendida contra la Inglaterra por las armas combinadas españolas y francesas, hasta fin de julio de aquel año.

Los autores de la *Historia de la guerra de España contra Napoleon Bonaparte*, obra mandada trabajar bajo la inmediata influencia de mis enemigos, cuando vuelto al trono el rey Fernando VII se encontraban aquellos en la plenitud de su poder sin ningunos contradictores, han señalado tres categorías entre los aliados de la Francia en tiempo del Imperio, es á saber, de aquellos que lo eran por los lazos de parentesco con el emperador de los Franceses, los que se le habian unido por interés recíproco, y los que se mostraban sus amigos por el temor ó por la fuerza. En esta última clase colocaron á Carlos IV, al emperador de Austria, al rey de Prusia, al papa y á la república suiza. No es mi objeto demostrar aquí la inexactitud y las contradicciones que ofrecen aquellos escritores al clasificar las potencias de la Europa bajo alguno de estos tres títulos, sino solo rechazar la idea

de que España fué aliada de la Francia por la fuerza. Ni es mi ánimo tampoco querellarme de la durísima injusticia con que me han tratado en todo aquello que han escrito. Han mostrado talento en muchas partes de su obra, y eran dignos de haber escrito libremente; pero su encargo fué escribir al paladar de aquella córte que pretendia justificarse. En medio de esto han dicho tantas y tales cosas, á sabiendas ó sin pensarlo, que, contrarios al parecer, se podria decir que ellos mismos habian trazado adrede mi defensa. Muchas veces usaré en mi favor de sus propias razones y de los grandes cuadros que presentan. Esto será mas adelante: siguiendo ahora mi camino, insistiré de paso en repetir y hacer palpable que la alianza de la España con la Francia, república ó imperio, mientras me encontré libre y fuí dueño enteramente de mis actos, no fué obra del temor ni de la fuerza, ni se cimentó sobre otro fundamento que el interés del reino.

Ruego aquí á mis lectores que recuerden las razones tan poderosas que fundaron nuestra alianza con la república francesa, cuando hostigada España por la Inglaterra en 1796, no siéndole posible mantenerse neutral entre las dos potencias por la oposicion, no de la Francia, sino de la Inglaterra, prefirió la paz con la primera y se unió á ella con las armas para hacer frente á las violencias de esta última. Nuestra alianza limitada en sus efectos á opug-

nar tan solo á la Inglaterra, salva nuestra amistad con las demas potencias que guerreaban con la Francia, dejaba ver muy claramente la entera libertad con que fué contraida. Nuestra paz interior, casi imposible de conservarse en aquel tiempo sin estar en paz con la república, era un motivo poderoso de interes para optar por su amistad entre ella y la Inglaterra, mientras por otra parte la necesidad de defendernos contra esta sobre todos los mares, no dejaba elegir mas medios que juntar nuestras fuerzas con las de Francia y de la Holanda para proteger nuestro comercio y guardar sobre todo nuestras inmensas posesiones de ambas Indias que codiciaba M. Pitt con tantas ansias, y á quien poniéndonos en guerra con la Francia, habria sido tan asequible levantarlas y separarlas de nosotros. De esto queda ya hablado extensamente en mi primera parte (1).

Nuestra union con la república no mudó de carácter llegado Bonaparte y puesto á su cabeza. Probado dejó ya con evidencia que la guerra de Portugal en 1801, fué una consecuencia y un efecto necesario de la guerra con la nacion británica, y que si bien los miramientos de la España con la casa de Braganza, unida en parentesco con la nuestra, contuvieron las quejas de la Francia mu-

(1) Véanse en ella los capítulos XXX, XXXI, XXXII, XXXIII, XXXIV y XXXV.

chos años con daño suyo y nuestro, no fué dado ni convino disimular mas tiempo la correspondencia ingrata del gabinete lusitano, ni empeñar una guerra con la Francia por sostener á aquel gobierno que á entrambas dos potencias se hacia hostil por servir á la Inglaterra, favorecerla y ayudarla en contra de una y otra. Cual fué la libertad y la completa independendencia de nuestro gabinete en la gestion de aquella guerra, referido quedó tambien y demostrado en su lugar con hechos y con datos innegables. La voluntad de España, no la de Bonaparte, fué cumplida enteramente, y por muy mal que lo llevase, respetó la paz que fué asentada por nosotros, retiró sus legiones, y sentó al fin la suya sobre las mismas bases que la nuestra (1).

Hecha luego la paz de Amiens, y rota por desgracia á poco tiempo entre la Francia y la Inglaterra, nuestra perfecta independendencia se mostró patentemente por el mismo hecho que fué visto de tomar nosotros el carácter de neutrales. La Holanda, bien que la Inglaterra la brindase con su amistad sin otra condicion alguna que de mantenerse neutral, fué arrastrada á la guerra por la Francia. España se hizo firme en su propósito, y guardó su paz con la Inglaterra sin que el gobierno consular se lo impi-

(1) Véanse sobre esto los capítulos V y VI de la 2.^a parte.

diese. Mal pecado, no por mí ni por mi voto ó anuencia, se pactó un subsidio pecuniario, pagadero á la Francia como compensacion, harto mal entendida y mal fundada, del tratado de alianza que no debia regir en aquel caso. Mas como quiera que esto fuese, visto está que fuimos libres, que evitamos la guerra, y que nuestra alianza, tal como entonces fué entendida y concertada, no excedió los lindes ni de la libertad, ni de la conveniencia de la España.

Entró Pitt á gobernar el gabinete ingles, y la misma política con que nos estrechó á la guerra en 1796, mas violenta todavia en 1804, mas dura, mas injusta, y sobre injusta, atroz, nos obligó á tomar las armas, provocada por él la lucha con ofensas y ultrajes nunca vistos ni creibles entre pueblos civilizados. No dirá nadie que en tales circunstancias fué la Francia quien nos lanzó á la guerra: 1804 fue justamente un año en que mantuvo España con la Francia, y Francia con España la mejor correspondencia sin ningunas pretensiones ni debates de política.

Ciertamente el horror y la justa indignacion que el atentado ingles produjo en toda España y en sus dominios de Ultramar, junto á esto la repentina guerra á fuego y sangre que aquel gobierno injusto rompió contra nosotros, sin ahorrar su furor ni aun á los pobres barcos pescadores, nos pusieron en el deber, por nuestro honor otro tanto que por nues-

tros intereses, de responder con energía, por cuantos medios fuesen dables, á una conducta tan infiel como feroz tenida con nosotros. Vano fué que alegasen los ministros ingleses que la presa de las fragatas fué tan solo *una precaucion* contra nosotros. Si este fué el solo objeto, bien que extraño y desusado entre naciones cultas, ¿á qué fin fué ordenar al mismo tiempo apresar ó destruir todas las naves españolas que se hallasen en cualquier punto que esto fuese, de cualquier porte que tuviesen, hasta las mas pequeñas, y hasta aquellas mismas que aun en tiempos de guerra son exceptuadas del ataque? (1) Echar á pique, incendiar y destruir, ¿es por ventura hacer rehenes? ¿Fué que precipitamos nuestras justas medidas de defensa y de venganza, que aprisionamos los ingleses que se encontraban en España y

(1) Don Mariano Yzabiril, destinado por aquel tiempo en la fragata la *Estremeña* á la prosecucion de los trabajos científicos de hidrografía en las costas de Chile, fué asaltado cerca de Copiapo por un bergantín ingles de la marina real que lo batió á metralla en 30 de setiembre, justamente seis dias antes de la presa de nuestras fragatas. Nuestro sabio marino, que se hallaba indefenso y descuidado enteramente, puso fuego á la *Estremeña* y salvóse en una lancha en que llegó á Copiapo con los papeles, diseños é instrumentos que le fué posible recoger en tal sorpresa. Este solo hecho, entre otros muchos de la misma especie, basta para probar la larga fecha que tenian las órdenes enemigas, mientras un plenipotenciario ingles negociaba con nosotros.

tomamos tambien rehenes en sus personas, sus pertenencias y caudales? Asi lo hizo la Francia, rota la paz de Amiens: nosotros no lo hicimos. Cuerto y prudente aun mas de lo que es dable en tales circunstancias, nuestro gobierno aparentó por muchos dias no saber la ignoble hazaña que estaba cometida, y todo el mes de octubre se siguieron las conferencias, aguardando con flemma propia nuestra que el ministro Frere se explicase él mismo sobre tal conducta. Don Pedro Ceballos le dirigió su postrer nota en 3 de noviembre, y esta nota que ofrecia seguridades al gobierno ingles quanto era compatible con el honor de la corona, se quedó sin respuesta, partiendo luego M. Frere atropelladamente. Nuestra declaracion de guerra se tardó otro mes mas, y las explicaciones no vinieron. Disimuló el gobierno tanto tiempo y difirió su rompimiento por dos meses, esperando que la Inglaterra viese en esto nuestros deseos de paz y la perfecta independencia en que se hallaba el gabinete. Desde el primer instante de saberse la agresion inglesa, nos prometió la Francia su asistencia: los Ingleses lo sabian bien. La prueba que les dimos de espera y de cordura les debió hacer tomar mejor acuerdo; mas Pitt queria la guerra.

Necesario fué hacerla y aceptar los auxilios de la Francia para sostener aquella lucha con los señores de los mares. No guerreaban contra ella en aquellas circunstancias sino Francia y Holanda: razon

fué unirnos á una y otra, no por complacencia nuestra, sino por interés, por nuestra propia conveniencia. ¿Quién dirá en este caso que la Francia nos arrastró á sus guerras, ó que unidos con ella la serviríamos con nuestras naves? Ella al contrario nos sirvió á nosotros. No podia pelearse con suceso sin asociarnos con las fuerzas de entrambas potencias.

¿Se dirá todavía con M. Pradt que la Francia no podia dañar á la Inglaterra? Esta no lo creyó así, llena de angustias y temores, manteniendo un ejército de tierra de ciento cincuenta mil hombres, sin contar aquí los voluntarios y los armamentos populares, trabajando de dia y de noche á toda costa por buscar aliados en todo el continente y esquivar así el golpe de que se hallaba amenazada.

¿Se dirá que concurrimos á la guerra con mayores fuerzas que la Francia? No por cierto. La Francia toda entera acudió á aquella guerra con dinero ó con efectos para ayudar al armamento formidable que se hacía contra la Gran Bretaña y que se hallaba casi ya completo cuando nos asociamos á sus armas. Casi todos los departamentos ofrecieron un navío de línea, las grandes ciudades ofrecieron fragatas, y todos los ayuntamientos, aun los de los lugares mas pequeños, hicieron don de algun barco de transporte, ó de una cañonera, una falúa, un peniche, un barcolongo, ó los fondos equivalentes á su costo. No tan solo se trabajaba sin descanso en los puertos militares, en los demas mercantes, y en

las obras todas de la Francia, sino que en las orillas de los rios que descargan en el Océano, y de sus varios confluentes, se abrian calas y astilleros. En Brest, en Lorient, en Rochefort, en Tolon y en Amberes se construian navíos de línea, fragatas, bergantines y bajeles de toda especie. La Holanda concurría del mismo modo. Se agrandaban los puertos y se hacian otros nuevos. En Boloña, en Etaples, en Wimereux, en Calais y en Ambleteuse, las alas y los centros de la flotilla destinada al desembarco en Inglaterra componian en fin de julio dos mil trescientos sesenta y cinco bastimentos de toda especie de servicio: diez y seis mil marinos los montaban. Hallábanse reunidos, acampados y prontos al embarque ciento setenta mil guerreros, cerca de diez mil caballos, artillería completa, bagages, provisiones y pertrechos, todo listo. Para hacer frente á tantos gastos, al solo ministerio de marina estaban asignados cuatrocientos millones de francos, dinero puesto en caja. Despues de este armamento, la escuadra sola de Brest contenia veintidos navíos de línea. Con estos y los demas navíos armados que contaba ya la Francia en diferentes otros puertos, podian salir al mar hasta cincuenta con un buen número proporcionado de fragatas y bastimentos inferiores. La escuadra de la Holanda componia once navíos y hasta quince fragatas ó corbetas. Ningun siglo habia ofrecido una fuerza tan poderosa como aquella que amenazaba en 1804 y 1805 á la

nacion británica, con mas la maravilla y el prestigio del feliz guerrero que estaba al frente de ella, y de sus generales Ney, Soult, Lannes, Augereau y Davoust, que bajo de él debian mandar las tropas, inflamadas de entusiasmo y ambiciosos de nuevos laureles.

A esta Francia tan poderosa, no á la Francia humillada y decaida de Luis XV, como en los dias del ponderado Moñino, se unió España, no para proteger empeños voluntarios y proyectos desleales contra la Inglaterra, como hizo aquel ministro, sino ofendida enormemente, no agresora; vulnerada en sus hijos, defraudada en su honor y en su amistad sincera con aquella potencia. Vengar sus agravios, defender su comercio, conservar sus Indias, mantener el decoro de la bandera castellana, y obligar á la Inglaterra al derecho comun de las naciones sobre la superficie de los mares, eran los objetos solos y los objetos justos de la España. La opinion del gobierno y de los pueblos fué una misma. Les alligia la guerra sobre tantas calamidades soportadas en los dos años anteriores; pero el sentimiento vivo del honor, indestructible en las almas españolas, aceptaba con voluntad resuelta los trabajos de aquella nueva lucha. Los partidarios de Inglaterra, que eran pocos, se callaron; nuestra union con la Francia fué el deseo y fué la voz de toda España. No hubo ni pudo haber en aquel tiempo ni un español tan solo que hubiese aconsejado ceder á la Inglaterra,

devorar nuestro ultraje, humillarnos delante de ella, ponernos á su sueldo y pelear sus guerras contra Francia que era nuestra aliada, y defendia la misma causa que nuestro propio honor y el interés supremo del estado pedia tambien que fuese defendida por nosotros.

Y sin embargo de esto, mis enemigos á una voz han dicho, que por servir y complacer al gefe de la Francia, por ganar con él albricias y afirmarme yo en mi poder con su benevolencia, procuré aquella union sacrificando en su favor nuestras fuerzas marítimas. ¡Dios del cielo, qué injusticia! ¡y esto lo han repetido en tiempos posteriores los escritores mismos de la Francia! ¡Qué habrian dicho de mí los unos y los otros, si aceptados humildemente los azotes de la Inglaterra y uncida á su carro España ignominiosamente, la hubiese puesto yo en la carrera de peligros y desastres en que despues se vió al Austria, traída encima de ella la tormenta que amenazaba á la Inglaterra! Mis enemigos en tal caso habrian vociferado con mejor apariencia de verdad, que yo vendí mi patria á los ingleses, que estos me habian comprado con su oro, y que yo habia causado infamemente la ruina de la España. Yo seguí el voto de los pueblos; nunca marché en mi vida en contra suya. El voto universal era de unirnos á la Francia. Los Españoles todos se gloriaban de ser sus aliados y ansiaban tener parte en sus laureles; cuéntenlo los que vivan de aquel tiempo. Ninguno

dijo entonces que en aquella union fuimos nosotros los cargados; veíanlo todos y lo cantaban, que si España tiraba como ciento para aquella guerra, la Francia concurría mas que ciento cuatro veces. ¡Qué de alabanzas se habrían dado á aquella union si la hubiese coronado el triunfo! (1)

(1) No ha faltado quien haya dicho que la España habria podido unirse con el Austria y con la Rusia en la tercera coalicion que estalló á fin de agosto de 1805. Decir esto arguye ciertamente necedad ó malicia, y por mejor decir entrambas cosas. El rompimiento de Inglaterra con nosotros fué á principios de octubre de 1804. El Austria, como dije ya en otra parte y es sabido, estaba lejos todavía de intentar medirse nuevamente con la Francia. La Rusia estuvo pronta á negociar con ella por lo menos hasta el mes de julio del siguiente año; del mismo modo el Austria, mediando siempre Prusia ó aparentando que mediaba, atenta á los sucesos y guardando bien su capa. En los primeros meses de 1805 nada habia cierto ni aun probable sobre la nueva coalicion que se cuajó en agosto. La resolucion de Mr. Pitt de atacarnos diez meses antes, fué un arrebató de pasion, una locura y un absurdo en política. Mas tarde, y promovida ya y segura la tercera coalicion, podria al menos haberse prometido que la España entrase en ella buenamente, si su objeto no era mas que poner valla á la ambicion de Bonaparte. Mucho me habria mirado yo, antes de aconsejar á Carlos IV que se agregase á aquella liga, y jamas lo habria intentado mientras la Prusia no tomase parte en ella; mas al fin con tales circunstancias y madurado el tiempo, no habria sido imposible persuadirnos á una guerra que pudiera haber fijado el equilibrio y el reposo de la Europa. No asi en octubre y en noviembre de 1804. Acosada

¿Faltó éste por mi culpa ó de persona alguna de la España? He aquí el punto esencial sobre el cual conviene mucho detenernos. Generalísimo de nuestras armas de mar y tierra, si el feliz resultado que se debia esperar de la combinacion de nuestras fuerzas con las de Francia y de la Holanda se llegara á malograr por culpa nuestra, yo era sin duda el responsable.

Mi primera obligacion fué disponer un armamento grande y vigoroso. Este fué realizado ó por mejor decir improvisado en menos de tres meses. Por el mes de marzo, sin contar las fuerzas destacadas á la América que arribaron á su destino respectivo con feliz suceso, tres escuadras se vieron listas una en Cádiz, otra en Cartagena y otra en el Ferrol y la Coruña. Treinta navíos de línea se aparejaron en tan corto plazo, y para gloria de aquel tiempo, todo aquel armamento, y el que se siguió aumentando siempre, fué surtido cumplidamente por nuestros almacenes y depósitos; nada pendió del extranjero. Nuestras tripulaciones se pusieron al completo sin necesidad de levas ni violencias; hervia el honor y el ansia de vengarse hasta en los mas oscu-

la España por la Gran Bretaña en aquel tiempo, no tenia mas recurso para hacerle frente con esperanza de un buen éxito, sino el de unirse con la Francia y con la Holanda. Unida ya, desertar de aquella union sin ningun motivo grave, hubiera sido infamia.

ros marineros. En cuanto á prontitud, las escuadras de España que debian obrar con las francesas tuvieron que aguardarlas.

Otra atencion de las mas graves, de la cual era yo el solo responsable, fué la eleccion de gefes y oficiales para la cooperacion de aquellas fuerzas combinadas. A la pericia de estos, á su entusiasmo por la patria y á su nombre bien acreditado, se necesitaba buscar en ellos y añadir aquel carácter de cordialidad y de buen comportamiento que requeria el concurso mútuo de las dos naciones. En la guerra de los cinco años contra la Inglaterra por la cuestion americana, una de las causas que hicieron abortar las mejores combinaciones de los gabinetes de Madrid y de Versalles, fué el malísimo acuerdo y la rivalidad funesta de los gefes de entrambas dos potencias (1). Y otro tanto influyó tambien en los

(1) Sesenta y ocho navíos de línea, treinta y ocho de estos españoles y treinta franceses, habian sido destinados para invadir la Inglaterra. El ejército frances reunido en las costas fronterizas contaba cincuenta mil hombres con los trasportes listos: era ya el mes de junio, el tiempo favorable; la confusion y el terror pánico reinaba en Inglaterra aquellos dias. Pero llegada ya la escuadra combinada y señora enteramente del canal, los gefes españoles y franceses se pusieron en discordia. Pretendian los primeros que la invasion se hiciese sin tardanza, visto que el almirante ingles Hardy no estaba en el Estrecho ni osaba presentarse con fuerzas inferiores. Los Franceses, al contrario, se oponian al desembarco hasta que se

desastres de aquel tiempo la manía que hubo entonces de dirigir todas las cosas, hasta las mas pequeñas, con órdenes ministeriales de los dos gobiernos, muchas veces contradictorias, y casi siempre tardas para llegar en tiempo hábil y ser ejecutadas. Uno y otro inconveniente procuré evitarlo. Del concurso sincero de ambas partes, y de una plena libertad en las combinaciones del momento debia pender en gran parte el buen suceso de la guerra. Cuales fuesen los gefes elegidos, cual su merecimiento, cual su inteligencia, cual su valor y su desprecio de la vida, cual su franca y noble cooperacion con los franceses, no necesita España referirlo, porque las relaciones extrangeras sobre aquellos héroes españoles han excedido en mucho las alabanzas de las nuestras; las francesas, mas que todas. Si la fortuna fué contraria y si hubo yerros, nadie cul-

encontrase al almirante ingles y se lograse destruirle. Entre tales disputas le sobró tiempo á la Inglaterra para guarnecer sus costas, y en tantas idas y venidas de la escuadra combinada ostentando su poderío de unos puntos en otros, la habilidad de Hardy halló el instante favorable de tomar puerto en Inglaterra sin ser visto. El equívoco vino luego, un contagio se apoderó de entrambas escuadras francesa y española, y la expedicion fué abandonada. El mismo desacuerdo ocasionó la destruccion completa de la escuadra que mandaba nuestro excelente general don Juan de Langara, malogró la primera y la segunda expedicion de la Jamáica, y acarreó por último el doloroso desastre de la escuadra del almirante Grasse.

pó á la España; y si el emperador mal avisado, puso al frente de su armada un hombre menos apto de lo que requeria el empeño de las armas aliadas, nadie ha dicho ni podrá decir que por España se cometió igual falta; y esto tambien es cierto, que por ningun concepto le atribuirá la historia las desgracias con que dió fin aquella gran campaña.

¿Fué posible prever estas desgracias? En verdad que jamas se concibió un proyecto mas grandioso, menos quimérico, mejor fundado ni de esperanzas mas seguras que el que fué acordado entre ambas córtes. Napoleon bien advertido por algunos de sus marinos de que la flotilla no bastaba para invadir á la Inglaterra sin que una grande escuadra, insuperable al enemigo, protegiese el paso de las naos y sostuviese el desembarque, se prestó á esta idea de que pendia en verdad el buen éxito seguro de tan vasta empresa. Para obrar de este modo, la primera medida debia ser distraer á la Inglaterra con expediciones verdaderas ó aparentes sobre los diversos puntos que debia guardar en la Europa, en América, en el Africa, y en las Indias orientales. Nuestra union con la Francia dió una gran extension á esta medida. De Rochefort debia salir la escuadra surgida en aquel puerto y dirigirse á las Antillas, tomando tal rodeo que no pudiese el enemigo adivinar su destino verdadero. La escuadra de Tolon debia salir al propio tiempo, con las mismas precauciones, dirigirse al Estrecho, desbloquear á Cádiz,

reunirse allí con una escuadra nuestra , seguir á las Antillas y juntarse con la de Rochefort, destruir las fuerzas enemigas en aquellos puntos, atacar sus colonias y reconquistar la Trinidad de Barlovento, todo lo cual cumplido deberian volverse juntas para el mes de junio, desbloquear el Ferrol, unirse con otra escuadra nuestra , seguir despues á Brest, levantar su bloqueo , reforzarse todavía mas con la grande escuadra aparejada en aquel puerto , dominar el canal , amparar la flotilla y proteger el desembarco.

La de Rochefort salió en enero bajo el mando del contra almirante Missiessy , venció los temporales, frustró la vigilancia de los cruceros enemigos y llegó á la Martinica en 20 de febrero (1).

La de Tolon zarpó tambien de aquella rada en el mismo mes de enero, mas la violencia que sobrevino de los vientos dispersó una parte de sus fuerzas, quebrantó algunos buques y le obligó á volver al mismo puerto. Los bastimentos dispersados arribaron dos dias despues y aun trajeron algunas naves capturadas; mas la nueva salida se retardó hasta

(1) Se componia esta escuadra de cinco navíos de línea , uno de ellos de tres puentes , tres fragatas y algunos bergantines. Llevaba á bordo tres mil quinientos hombres de tropas, un gran surtido de fusiles , un buen tren de artillería y toda suerte de pertrechos. Estas fuerzas eran mandadas por el general Lagrange.

el 30 de marzo. El comandante de esta escuadra, que debia mandarlas todas, fué el almirante Villeneuve (1).

La escuadra llegó á Cádiz felizmente sin ningun tropiezo el 10 de abril siguiente. El apostadero ingles delante de aquel puerto, al mando de sir John Orde, era de solos cinco navíos y de dos ó tres fragatas. A la primer señal que dieron los cañones de Gibraltar, picaron cables los ingleses y partieron á unirse con la escuadra que hacia el bloqueo de Brest. Nadie le ha perdonado á Villeneuve la necia ostentacion de mostrarse en el Estrecho á la mitad del dia. Sir John Orde estaba confiado en el cruce-ro de lord Nelson que velaba en el Mediterráneo. Llegando por la noche, nada mas fácil que sorprender y haber tomado la pequeña escuadra inglesa.

De la bahía de Cádiz se reunieron á Villeneuve el *Argonauta* de ochenta cañones, montado por el general Gravina, el *América* de sesenta y cuatro, al mando de don Juan Darrac, el navío frances el *Aigle*, y varios bergantines y corbetas. Un dia despues salió de Cádiz á su alcance otra parte de nues-

(1) La escuadra de Tolon se componia de once navíos de línea, siete fragatas y dos bricks. Llevaba tambien un cuerpo de tropas al mando del general Lauriston. La tardanza de esta segunda salida fué causa, como se verá despues, de no haber podido unirse Villeneuve y Missiessy en el mar de las Antillas, como estaba concertado.

tra escuadra, á saber, *San Rafael* de ochenta cañones, su comandante el brigadier don Francisco Montes; el *Firme* de setenta y cuatro, bajo el mando de don Rafael Villavicencio; el *Terrible* de setenta y cuatro, capitán don Francisco Vazquez Mondragon; el *España* de sesenta y cuatro, capitán don Bernardo Muñoz, la fragata *Magdalena* que mandaba don José Caro, y otros buques inferiores. Esta escuadra, sin embargo de haber salido un día después que la de Villeneuve, llegó á la Martinica dos días antes. La reunion fué hecha felizmente en la rada de *Fort-Royal* á catorce de mayo. En aquella larga travesía una sola corbeta inglesa de la marina real que fué encontrada, la apresaron las fragatas cazadoras; en Inglaterra se ignoraba todavía la direccion que habrían tomado aquellas fuerzas franco-hispanas. La sola cosa que faltó á nuestra fortuna fué haber llegado á tiempo para hallar á Missiessy y reunir las tres escuadras; pero éste tenia orden de esperar cuarenta días tan solamente, y de volverse á Europa si dentro de aquel tiempo señalado no habría llegado Villeneuve. Cumplido ya aquel plazo, Missiessy habia partido (1).

(1) La escuadra de Rochefort habia hecho un gran número de presas en las Antillas, y habia además invadido y devastado la Dominica, Monserrate, San Cristóbal y la colonia de Niéves. Cargada de un botín inmenso, volvió á entrar en Rochefort sin tropezar con enemigos.

Cuando salió su escuadra por enero, y en seguida la de Tolon, las alarmas de los ingleses fueron grandes. Tantos y tan diversos puntos donde eran atacables, en la Irlanda, en las Indias occidentales, en el Asia, en Malta, en el Egipto, etc., obligaron á aquel gobierno á despachar y repartir escuadras en todas direcciones. El secreto de la Francia y de España fué guardado de tal modo, y era tan difícil acertarlo, que un hombre como Nelson perdió el tiempo, desatinado por espacio de cinco meses, sin poder dar con las escuadras ni formar conjeturas y emprender marchas que dejasen de fallarle. Los errores de Nelson nos valieron todo el tiempo necesario para la ida y vuelta de la América. Uno de estos errores, que salvó tal vez la escuadra de Tolon é hizo perder á Nelson momentos preciosísimos, lo causó el cumplimiento por mi parte de un deber que agravó despues los ódios del príncipe de Asturias y de la princesa María Antonia. Preguntóme un dia el príncipe (de buena fé sin duda) acerca de los planes de la guerra que iba hacerse, del empleo de las fuerzas que se armaban en nuestros puertos y de su combinacion con las francesas. Cuanto me preguntaba era el secreto del estado de que pendia en gran parte el buen suceso de la guerra; yo no debía exponerlo por complacer al príncipe, de quien lo habria tenido ciertamente la princesa. Excusarme de responder era un desaire manifiesto; decirle la verdad, sabiendo su flaqueza, habria sido

una falta imperdonable. Yo no sé si habrá alguno que me culpe de haber dado á su alteza noticias inexactas, puesto yo en aquel conflicto de respeto y de deberes. Respondí que los planes eran vastos; si bien podrian cambiarse segun vinieran los sucesos; que la escuadra de Rochefort salia para las Indias orientales, y que la de Tolon iria al Egipto, quietas las demas escuadras españolas, francesas y holandesas y dispuestas para dar un golpe combinado, cuando llegase el tiempo, sobre Irlanda. Como era de pensar, la princesa María Antonia no tardó en arrancarle mi respuesta ni en escribirla á Nápoles. A la primera salida de la escuadra de Tolon por el mes de enero, se encontraba Nelson á la capa entre las islas de Cerdeña. Allí tuvo el aviso y de allí partió al instante á darle caza. Pero la misma tempestad que obligó á volver al puerto á Villeneuve, contrarió muchos dias al almirante inglés buscando á aquel por todas partes y arrojando los temporales. Al recorrer las costas de las Dos Sicilias y preguntando aquí y allí, recibió de Nápoles el aviso que habia dado la princesa María Antonia, y gobernó al momento para Egipto. Vuelto á Malta sin haber hallado á nadie, supo allí que Villeneuve regresara á Tolon combatido por los vientos, pero que estaba aparejando para salir de nuevo, y que embarcaba armas, sillas de montar, provisiones para hospitales y multitud de otros artículos de boca y guerra. Confirmado en la idea de que la expedicion se

dirigia contra el Egipto, procuró dar confianza á Villeneuve, se retiró de aquellas costas, aparentó dejar aquel crucero, pasó el golfo de Lyon, figuró amenazar las islas Baleares y volvió á su escondite al sur de la Cerdeña. Cansado de esperar volvía sobre Tolon, cuando supo en el camino que la escuadra habia salido y que su direccion parecia ser hácia las costas africanas.

Nelson recorrió el canal entre las costas de Cerdeña y las de Berbería: despues torció á buscar la escuadra por el norte de la Córcega. Con la idea fija de que la expedicion era al Egipto, volvió la proa hácia Malta, y antes de haber llegado, supo que Villeneuve habia pasado ya el Estrecho. Para mayor trabajo suyo; hasta el 5 de mayo le impidieron los vientos entrar en el océano. Incierto siempre de la direccion de Villeneuve, tomó lenguas en todas partes, dudosas siempre las noticias, hasta que supo por Lisboa que la escuadra combinada habia hecho vela para América. Nelson partió tras de ella: era ya 11 de mayo. Tres dias despues fondeaba Villeneuve en la rada de Fort-Royal, y la armada franco-española contaba en aquel punto diez y ocho navíos, siete fragatas y varios bergantines. Nelson se atrevió á seguirla con solo diez navíos, mas no sin esperanza de encontrar los cruceros de los almirantes Dacres y Cochrane que debian de andar, el uno en la Jamaica y el otro en la Barbada. Villeneuve tuvo la suerte de recibir á pocos dias de su llegada